

mios como el Cántar de los cántares, luego por elegias como los salmos de David, despues por sublimes ditirambos como las imprecaciones de los profetas, mas adelante por una tragedia en holocausto de una víctima pura en el Gólgota, y en fin por una apoteosis final en el cielo, morada de los espíritus?... De modo que toda la humanidad naciente, decaída, plañidera, deprecatoria, vacilante, viva, muerta, resucitada, se halla contenida en esa epopeya de la raza hebráica, en la cual el sacerdote y el poeta se encuentran resumidos en un solo varon excelso; y cada vez que asiste el pueblo al templo para celebrar sus misterios, oye al pontífice recitar sus anales, cantar sus himnos, conmemorar sus dramas; en una palabra, asiste á su propia epopeya en accion. ¿Qué papel puede quedar á la parte maravillosa de los poetas épicos en los países en que se enseña de memoria este libro á las generaciones que se renuevan, mientras que aun chupan los labios de los recién nacidos la cálida leche de las madres?

Cesemos pues de acusar á la Europa moderna de carecer de poema épico, defecto que no procede de la escasez de poesia, sino de la posesion de la Biblia mas excelsa y maravillosa que cuantos poemas puede soñar la mente humana. Ningun síntoma de deperacimiento en el genio ni de esterilidad en la savia acusa la falta de un verdadero monumento en este género, sino al contrario revela la imaginacion juvenil de los pueblos modernos. Fuera de esto, nos reservamos tratar este punto con mas latitud

el año que viene, cuando, siguiendo las huellas del sublime Bossuet, lleguemos á estudiar literaria y no teológicamente los poemas hebráicos en la Biblia.

VII

No podemos menos de convenir con los que actualmente acusan de cierta esterilidad momentánea al mundo moderno, que en efecto el genio humano parece, sino decrecer, á la menos reposarse de la enérgica y copiosa exhuberancia de obras é ínclitos varones que ilustraron la Europa hace algunos años, tales como Goëthe, Schiller, Klopstock en Alemania; Byron, Walter Scott, Fox, Pitt, Canning, Sheridan, Peel en Inglaterra. Aunque dignamente reemplazados en sus respectivas categorías, los citados poetas, oradores y estadistas parecen haber agotado por algun tiempo la prodigiosa fecundidad del espíritu humano á principios de este siglo, pues, no menos que para las plantas, hay estaciones favorables para esos descollantes fenómenos de vegetacion intelectual. No admite duda que cuando echamos una mirada en los Estados de la Europa moderna, no podemos menos de preguntarnos: ¿Dónde están los ingenios que vieron nuestros padres y vimos nosotros mismos en nuestra juventud? ¿Dónde están esos nombres que llenaban el oído,

esos nombres egregios en la poesía y la elocuencia, en la tribuna, en el consejo de los pueblos y de los reyes? ¿Quién excede en el día al nivel humano en Rusia, en Prusia (salvo Humboldt que aun vive), en los demas Estados de la Alemania, y en Inglaterra? ¿Quién podrá negar que existe un gran vacío, no en las masas, sino en los varones gerárquicamente superiores? ¿Quién podrá negar que han desaparecido de repente del firmamento intelectual todas las estrellas de primera magnitud, quedando tan solo los pálidos reflejos de su fulgor primitivo?

La imparcialidad no puede menos de convenir en hechos tan palpables, contra los cuales en vano protestarian la complacencia ó la lisonja. En efecto basta pasear la mirada por el mapa de la Europa, para convencerse de que no hay varones descomunales que dominen en las letras ó instituciones, exceptuando tal vez algunas naciones como la España, Italia, Brasil y Estados americanos, en que los sacudimientos revolucionarios y partos de la independencia ó libertad, han comunicado á las fuerzas intelectuales aletargadas, nuevo temple y esa nueva vida que comienza por el heroísmo y acaba con la poesía.

En las citadas naciones que nacen ó renacen, la naturaleza, solicitada por el patriotismo, concentra todo su vigor para producir primeramente ciudadanos, despues estadistas, mas adelante oradores, y por último poetas. En todos estos paises debemos aguardarnos á prodigios de inteligencia aplicada á las

letras, pues los instrumentos adecuados á una obra sublime, son producidos por éstas.

VIII

Pero en Francia, ¿ es verdad que el nivel del espíritu humano político, científico, poético, oratorio, literario, haya bajado en esta primera mitad del siglo? ¿ Es verdad que haya penuria de hombres, carestía de genio, flaqueamiento del resorte, descenso del nivel? ¿ Es verdad que los detractores de la inteligencia francesa puedan legítimamente alegar una decadencia, ó bien solo existe ésta en su tenaz pesimismo? ¿ Es verdad que tanto para nosotros como para nuestros descendientes, haya pasado la edad de las grandes cosas y las grandes palabras, y tengamos que resignarnos á la esterilidad, cubriendo nuestras frentes, como los profetas aciagos, con las cenizas de nuestros padres?

XI

Por naturaleza no somos optimista ni pesimista, ni ciegamente encaprichado por el efímero periodo que nos ha sido concedido individualmente, ó como nacion, ni desdeñoso de la parte del tiempo que re-

corrieron nuestros padres y abuelos, tanto cercanos como remotos. Al mismo tiempo confesamos ingenuamente que no nos domina esa vanidad colectiva llamada patriotismo, la mas fofa de cuantas vanidades pueden avasallar al sér humano, reconociendo al mismo tiempo que carecemos de todo exceso de severidad y estimacion por el país cuyo nombre llevamos. Y si hemos de hablar con toda franqueza, diremos que no sin motivo nos han acusado de no atesorar una dosis muy crecida de ese patriotismo de mapamundi que fenece en los límites geográficos, é inclinarnos en demasía ante ese patriotismo universal ó cosmopolita que blasona de haber nacido hombre por la gracia de Dios, de preferencia á haber nacido Francés por efecto del acaso.

Homo sum tal es nuestra divisa; como repetidas veces lo hemos reconocido, y, entre otras en los siguientes versos con que tan á menudo nos han incriminado nuestros adversarios políticos, y que estábamos muy lejos de retractar, sobretodo cuando una política mezquina queria enemistarnos con la Alemania y azuzarnos contra la Inglaterra.

« ¿ De que sirve esa mútua ojeriza, esos tabiques de nuestros corazones que ve sañudo el ojo divino y fragmentan la humana progenie? ¿ Hay por ventura vestigios de fronteras en el cielo infinito? ¿ Qué límites, qué lindes, qué confines alcanza á divisar nuestra vista en la estrellada bóveda?..... ¡ Naciones, nombre pomposo que la barbarie encubre!... ¿ Porqué pretendeis que el vuelo de la in-

teligencia se detenga do se fijan vuestros pasos?.... Romped vuestras banderas, que otra voz mas santa os grita : Al odio y al egoísmo toca cercarse en una patria, mas no á la fraternidad.

« Cesen de pretender apriscar á nuestra grey los mares, los rios, los grados de latitud; que nuestras solas fronteras son los límites de la inteligencia, y una luz cada vez mayor á la unidad eleva el orbe.... Por do quier irradie la Francia, por do quier fulgure su genio á los deslumbrados párpados, allí veo mi patria... Cada uno vive en la zona de su inteligencia; por mi parte me proclamo conciudadano de toda alma que piensa, y á la verdad reconozco por mi única nacion.

« ¿ A qué fin disputarnos la llanura ó la montaña? Ligera es nuestra tienda, y basta á derribarla el viento. Aun llena está la mesa en que rompemos el pan, cuando la muerte nominalmente nos reclama para la orilla opuesta. Al lado del trazado surco, surcos mil ahueca la fecunda esteva, ningun ojo consigue agotar los rayos del sol, la inculta tierra cede agoviada bajo las olas de rubias espigas, y ¿ cuándo faltó á las naciones la funeral mortaja para cubrir las generaciones segadas por la guadaña de la parca?

« Amigos, mirad allá á lo lejos como la tierra se extiende vasta y anchurosa; ¿ veis como el añoso Oriente despliega á la luz del sol sus mustios yermos en que en vano el espacio implacable abruma la lenta caravana? Allí duerme profundamente la so-

edad sobre el cauce agotado de pueblos fenecidos; los polvorosos imperios cubren las grietas de la tierra resquebrajada, y, como aureo estilo, la sombra de las pirámides mide la hora trascurrida á las lívidas arenas, en el mudo cuadrante del desierto¹. »

¹ Et pourquoi nous hair, et mettre entre les races
Ces bornes de nos cœurs qu'abhorre l'œil de Dieu ?
De frontières au ciel voyons-nous quelques traces ?
Sa voûte est-elle un mur, une borne, un milieu ?
Nations, mot pompeux pour dire barbarie,
L'esprit s'arrête-t-il où s'arrêtent vos pas ?
Déchirez ces drapeaux ; une autre voix vous crie :
« L'égoïsme et la haine ont seuls une patrie ;
La fraternité n'en a pas ! »

Ce ne sont plus des mers, des degrés, des rivières
Qui bornent l'héritage entre l'humanité :
Les bornes des esprits sont leurs seules frontières,
Le monde en s'éclairant s'élève à l'unité.
Ma patrie est partout où rayonne la France,
Où son regard éclate aux regards éblouis !
Chacun est du climat de son intelligence ;
Je suis concitoyen de toute âme qui pense :
La vérité, c'est mon pays !

Pourquoi nous disputer la montagne ou la plaine ?
Notre tente est légère, un vent va l'enlever.
La table où nous rompons le pain est encor pleine,
Que la Mort, par nos noms, nous dit de nous lever.
Quand le sillon finit, le soc se multiplie.
Aucun œil du soleil ne tarit les rayons ;
Sous le flot des épis la terre inculte plie,
Le linceuil, pour couvrir leur race ensevelie,
Manque-t-il donc aux nations ?

Amis, voyez là-bas ! la terre est grande et plane !
L'Orient délaissé s'y déroule au soleil ;

El hombre que escribió estos versos no puede ser tachado de parcialidad nacional; pero nuestro título de Francés del siglo décimo nono, tampoco debe impedirnos ser justo para nuestra patria y nuestra época. Así lo decimos con una convicción que prescinde de todo patriotismo quimérico: mientras que la literatura, esto es la expresión del espíritu humano por la palabra, baja hace algunos años en Europa, asciende excepcionalmente en Francia.

Para probar este aserto, sería necesario observar sintéticamente el carácter de la literatura francesa, desde sus primeros ensayos hasta nuestros días.

X

Desde luego no podemos menos de repetir aquí un pensamiento generalizado: tales pueblos, tales libros; en otros términos el carácter de una literatura arguye el de la nación. Ahora bien ¿qué viene á ser la Francia?

La Francia es, tanto geográfica como moralmente, un país de fusión y contraste en la unidad.

L'espace y lasse en vain sa lente caravane,
La solitude y dort son immense sommeil !
Là des peuples taris ont laissé leurs lits vides ;
Là d'empires poudreux les sillons sont couverts ;
Là, comme un stylet d'or, l'ombre des pyramides
Mesure l'heure morte à des sables livides
Sur le cadran nu des déserts !

Después de haber vivido durante siglos bajo el nombre de Galia, nación semi-bárbara bajo sus sanguinarios Druidas, á quienes pretende transformar en academia de filósofos platónicos un sistema histórico moderno; después de haber sido avasallada por los Romanos y llegado á ser provincia de su vasto imperio, se vió cubierto nuestro país por las olas procedentes de las razas de Oriente y emigraciones septentrionales, resultando, mediante la mezcla del elemento invasor é invadido, una sangre mas pura y mas perfecta que la sangre gala. Los Francos, de todas las hordas conquistadoras la mas audaz y numerosa, se apoderan de las Galias y le dan su nombre; los Bretones y Normandos se establecen en sus costas del norte; los Lombardos y Germanos invaden las riberas del Rhin y del Saona; los Godos salen de madre de los Pirineos, estravásándose por las pendientes francesas; los Ligurios y Griegos acuden á la parte que lleva en el día el nombre de Provenza; hasta los mismos Sarracenos penetran en nuestro país y dejan, al refluir á España, colonias, costumbres, lengua é imaginación orientales. Bajo las sucesivas olas de invasiones repetidas, desaparece el Galo propiamente dicho, ó solo se conserva en las poblaciones serviles é iletradas que cobijan ásperas de montañas, núcleo central de la geografía de nuestra nación. Así la Galia queda eclipsada por la Francia, y esta misma no pasa de un choque continuo, de una belicosa trabazón de razas, sangre, lenguas, costumbres, legislaciones,

cultos, de una fermentación incesante que laboriosamente unifica elementos diversos; de modo que parecemos asistir á este trabajo secular del Océano que arroja aluviones compuestos de fragmentos de guijarro y conchas en las rocas acantiladas, al paso que solidifica, mediante un pulimento continuo, la arena transformada en granito.

XI

Resulta pues que la diversidad es el atributo esencial y fundamental de la Francia, cuyo carácter consiste en no tener ninguno y atesorar todos los contrastes. Así, no andan errados los que proclaman que carecemos de un sello individual distintivo de nuestra índole; si bien olvidan esos señores que este es un título redundante en gloria y no en baldon, pues si la indigencia de las demás razas europeas las reduce á poseer tan solo un carácter nacional, el genio, la aptitud privilegiada y la grandeza de la Francia, le confieren índoles diversas y simultáneas; signo providencial que bastaría á argüir esa universalidad que forma su carácter especial entre todos los pueblos. Cuando, á efecto de la fermentación interior operada por el tiempo, cuando á efecto de la influencia procedente del culto, de los reyes, de los acontecimientos, llegaron á fundirse y amalgamarse los diversos princi-

pios constituyentes de nuestra nacion, concentrándose en una unidad superior, resultó la Francia por excelencia, esto es, una raza múltiple y una á la vez, en la cual, los diferentes elementos francés, galo, germano, breton, italiano, occitano, armoricano, formaron, mediante una síntesis suprema, un carácter europeo por excelencia, una nacionalidad cosmopolita, resultante del equilibrio de todas las facultades; en otros términos, la sensatez moderna.

XII

No admite duda que la fusion de todas estas razas, y caracteres, operada en el valle francés comprendido entre los Alpes, los Pirineos y ambos mares, ha debido herrar algo dominante en cada una de las capas humanas que sucesiva ó simultáneamente invadieron nuestro territorio. Nada es mas cierto, y muy lejos estamos de negarlo. Por ese motivo la Francia es mas urbana y menos original; y de ahí procede que en política produzca un Montesquieu y no un Maquiavelo, en poesía un Racine y no un Shakspeare, en filosofía un Voltaire en vez de un Bacon, de un Newton ó de un Leibnitz.

Pero si es menos original y profunda, tiene al mismo tiempo mayor congruencia, mayor gusto, mayor delicadeza; y por esta razon no podemos

menos de reconocer en la literatura francesa las tres calidades que acaban por dominar un mundo y ejercer una soberanía incontestable en la humana inteligencia. Estas grandes calidades son, en nuestro concepto: la universalidad, la sensatez y el buen gusto; caracteres que si no deslumbran al universo, acaban por conquistar y afianzar la soberanía intelectual; y si no implican mayor número de escritores literarios, arguyen á lo menos una literatura mas pujante entre las naciones acreedoras al título de literarias.

Tal es lo que demostraremos con mas evidencia el año que viene, cuando, acometiendo cuerpo á cuerpo á los poetas, filósofos, oradores y escritores franceses, desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, los analizaremos y cotejaremos con los autores mas sobresalientes de las demas literaturas europeas; y no podreis menos de convenir conmigo que si nuestros poetas y escritores no descuellan por la preeminencia y exuberancia, son seguramente los mas desprovistos de las imperfecciones y dolencias intelectuales que aquejan á los corifeos de otras literaturas, superiores á los nuestros por la gala y pompa de la imaginacion, pero inferiores por la elegancia y discernimiento. Las demas naciones podrán efectuar mayores portentos, pero solo á la Francia cabe la perfeccion relativa y continua.

Al emitir este fallo, errado andaria quien opinase que es nuestro intento menospreciar á las naciones